

1989

Gulag para turistas; Las tías de Laura; Laura desnuda

Dionisio D. Martinez

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Martinez, Dionisio D. (Primavera 1989) "Gulag para turistas; Las tías de Laura; Laura desnuda," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 29, Article 32.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss29/32>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

DIONISIO D. MARTINEZ

Gulag para turistas

Después de todo, lo visible tiene un aspecto sereno.
Hay una palidez en todos los campos, un tono
como aquél de nuestra piel cuando nos enseñaron
a fingir felicidad. Cualquiera diría
que el ser humano es un animal conforme.
Qué otra conclusión después de vernos entonces,
después de ver hoy estos campos. Lo irónico
del episodio es que aquí la tierra conjuga
sus verbos más inconclusos. La paciencia de la nieve
oculta el tono epiléptico del verdadero paisaje.

Las tías de Laura

Las tías de Laura eran largas sombras
que se deslizaban por la casa
con toda la resignación de una tarde nublada.
Cada jueves era jueves santo a lo largo
del verano.

Apenas se acercaba la temporada de relámpagos las tías oscuras cubrían los espejos con sábanas, vestidos, trapos, cortinas. Decían las tías que temían que algún espejo estallara con el temblor de un trueno. Pero la verdad estaba mucho más allá de lo práctico. Laura lo sabía. La verdad era algo más oscuro, más profundo. Sábanas. Vestidos. Trapos. Cortinas. Estos eran los mantos sagrados de la superstición. Las tías se desaparecían por los interminables pasillos. Apenas hablaban excepto una con la otra y allá a lo lejos, al supuesto final de un pasillo. Era el final, pensaba Laura, sólo porque el pasillo se convertía en un punto negro. Pero Laura sabía que en esa casa nada terminaba, que las tías seguirían cubriendo espejos, que las tormentas se repetirían a lo largo de cada verano, que los espejos seguirían intactos.

Laura desnuda

Todos conocemos un cuerpo tan rígido como una oración. Hay oraciones que empiezan a última hora, cuando la primera gota de sudor llega al borde del labio superior, se divide y camina en direcciones opuestas.

Donde los labios se encuentran tenemos ciertos músculos capaces de pronunciar una sentencia con el más mínimo movimiento — algo casi invisible para los que no estamos esperando algo tan sutil. El hombre de occidente — el europeo con su historia, por ejemplo — lleva ciertas imágenes grabadas en sus retinas. Por eso tantas vidas no son más que una serie de objetos inmóviles.

Pero es difícil que un ojo se escape de algún defecto de refracción. Cuando esto ocurre empezamos a dudar del individuo afligido que intenta recrear un episodio. A pesar de los detalles dudamos de todo lo que nos llega por medio de ojos ajenos. Es más, aun nuestros propios ojos se desvían, se entretienen.

A veces estamos rezando cuando de repente se nos aparece un cuerpo rígido como aquéllos que vemos en fotografías pornográficas cuando éramos niños. Las contorsiones son tan absurdas que talmente parece que esos cuerpos siempre han sido así, que siempre han carecido de una dimensión. Seguimos rezando y la aparición más reciente se hace humo o polvo o aire. En nuestra oración pedimos suficiente tiempo para arrepentirnos.

Nos arrepentimos de haber usado los músculos de la cara para lograr un lenguaje puro. Nos arrepentimos de haber ignorado defectos de refracción en el ojo humano. Nos arrepentimos de haber pecado y de haber creído en el perdón de los pecados. Nos arrepentimos porque nacimos pecando. Nacimos pecando porque teníamos fe en el perdón de los pecados.